

30 de junio de 2023 - Viernes de la 12ª semana del tiempo ordinario

[Gen 17:1...22; Mt 8:1-4](#)

Homilía

Uno nunca sale indemne de un encuentro real. Uno siempre se transforma, al menos en cierta medida, para bien o para mal.

Los Evangelios nos muestran cómo Jesús sale constantemente al encuentro del otro, sobre todo del otro más lejano, del otro que está en la periferia, y especialmente del otro marginado. El texto del Evangelio de Mateo que acabamos de leer describe uno de estos encuentros, que tiene lugar al principio de la vida pública de Jesús, y que marcará todo su ministerio. Se trata del encuentro con un leproso, un hombre considerado "impuro" por la sociedad y la religión de Israel.

El concepto de "limpio" e "impuro" no es exclusivo de Israel. Se encuentra en todas las religiones y culturas. Es la forma en que los privilegiados, los que se consideran "puros", se protegen marginando a los heridos de la vida, a los débiles, a los pequeños, etiquetándolos como "impuros".

Una de las enfermedades más horribles del mundo antiguo era la "lepra". Bajo esta palabra genérica se agrupaba una gran variedad de enfermedades, sobre todo de la piel y especialmente contagiosas e incurables. Como reacción al horror que la gente sentía en su interior, condenaron al ostracismo y separaron del pueblo a las víctimas de estas diversas formas de enfermedad. De este modo, no sólo se protegían del contagio físico, sino que también se preservaban psicológicamente de la necesidad de buscar en su interior.

El leproso de nuestro Evangelio, rompiendo los tabúes que le obligan a mantenerse alejado de todos los lugares habitados y le prohíben acercarse a nadie, viene a arrojarse de rodillas a los pies de Jesús. Comienza un diálogo de extraordinaria potencia, por su concisión. "Si quieres, puedes limpiarme", le dice a Jesús. Y Jesús responde: "Yo sí, queda limpio".

A menudo, Jesús cura a los enfermos con un toque de su mano. Por ejemplo, cuando toca con su mano a la suegra de Simón Pedro, la fiebre la abandona (Mateo 8:3 o Marcos 1:41). Cuando tocó los oídos y la lengua de un sordomudo, le devolvió el oído y el habla (Marcos 7,33). Por último, da vida al joven de Naín (Lucas 7:14) tocando su féretro, lo que también era una forma de hacerse impuro.

Document extrait du [site de l'abbaye Notre-Dame de Scourmont](#), qui se trouve sur le territoire de Forges, à sept kilomètres au sud de la ville de Chimay, en Belgique. Notre-Dame de Scourmont est une abbaye de l'Ordre Cistercien de la Stricte Observance.

Todo esto es, en cierto modo, una consecuencia lógica de la propia Encarnación, por la que Dios se hizo uno de nosotros. Asumió nuestras impurezas, o incluso "se convirtió en pecado", según la expresión tan contundente y sorprendente de Pablo (2 Cor. 5:21).

Según el mismo relato de Marcos, una vez que el leproso de nuestro Evangelio había sido curado y había contado a todo el mundo cómo le había curado Jesús, "ya no era posible que Jesús entrara abiertamente en una ciudad. Se vio obligado a evitar los lugares habitados. "¿Por qué? - Porque él mismo se había vuelto "impuro", al haber tocado a un hombre "impuro". Ya no podía ir a las ciudades y pueblos donde había sinagogas y líderes del pueblo. Sin embargo, la gente común, los marginados, "acudían a él de todas partes".

Nuestras sociedades actuales, como la de Israel en tiempos de Jesús, crean constantemente marginados y excluidos. Es fácil considerar marginales a quienes pertenecen a tal o cual raza, a quienes tienen tales o cuales opiniones políticas, a quienes están afectados por tal o cual enfermedad. Al final, el margen es tan amplio que el texto que compone el resto de la página -es decir, nosotros, los "puros"- se ha vuelto insignificante, sobre todo porque el único que podría dar sentido a nuestro "texto" está él mismo al margen, con sus hermanos, los marginados.

Necesitamos curación. Como el leproso de nuestro Evangelio, digamos: "Señor, si quieres, puedes curarme. "Y dejémonos tocar por Él.

Armand VEILLEUX